

roca editorial novela

NICHOLAS SPARKS

A PRIMERA VISTA



Nicholas Sparks nos cautiva una vez más con esta impresionante novela de amor sin fin después de *Mensaje en una botella* y *Fantasma del pasado*.

A primera vista

Nicholas Sparks

Traducción de Iolanda Rabascall

Rocaeditorial

Título original: *At First Sight*
© 2005 by Nicholas Sparks

Primera edición: febrero de 2008

© de la traducción: Iolanda Rabascall García
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17. Pral. 1.^a
08003 Barcelona
correo@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por EGEDSA
Rois de Corella, 12-16, nave 1
08205 Sabadell (Barcelona)

ISBN: 978-84-96791-91-6
Depósito legal: B. 254-2008

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

Prólogo

Febrero, 2005

¿**E**s posible el amor a primera vista?

Sentado en el comedor, Jeremy volvió a plantearse la pregunta por enésima vez. Fuera hacía rato que el mortecino sol invernal se había ocultado detrás de las montañas. Desde la ventana, lo único que acertaba a vislumbrar era la fina capa de niebla argentina, y aparte de los suaves golpecitos de una rama contra el cristal, todo se hallaba en el más absoluto silencio. Sin embargo, no estaba solo; se incorporó despacio del sofá y recorrió el pasillo para contemplarla sin que ella se diera cuenta. Al verla, le entraron ganas de acostarse a su lado, aunque sólo fuera con la excusa de entornar los ojos. Podría aprovechar la ocasión para descansar, pero todavía no deseaba arriesgarse a quedarse dormido. Finalmente, se contentó con contemplarla, y dejó que su mente volara al pasado, rememorando de nuevo la senda que los había unido. ¿Quién era él entonces? ¿Y quién era él ahora? A simple vista, esas cuestiones parecían fáciles de contestar. Se llamaba Jeremy, tenía cuarenta y dos años, era hijo de padre irlandés y de madre italiana, y se ganaba la vida escribiendo artículos para diversas revistas. Ésa era la definición más escueta que se le ocurría de sí mismo. A pesar de que todas esas aseveraciones eran ciertas, se preguntó si no debía añadir alguna cosa más. ¿Debía mencionar, por ejemplo, que cinco años antes había viajado hasta Carolina del Norte para investigar un misterio? ¿Y que allí se había enamorado no una, sino dos veces ese mismo año? ¿O que la indescriptible belleza de esas memorias se veía entur-

NICHOLAS SPARKS

biada por la enorme tristeza que lo invadía, y que incluso ahora se cuestionaba cuáles eran los recuerdos que era capaz de sobrellevar?

Se separó del umbral de la puerta, dio media vuelta y regresó al comedor. Hacía tiempo que se planteaba esas cuestiones, pero ahora no podía dejar de pensar en ellas. Le resultaba imposible borrar ese capítulo de su vida, del mismo modo que no podía cambiar la fecha de su nacimiento. A pesar de que algunas veces le habría gustado hacer que el tiempo retrocediera para poder borrar toda esa inmensa tristeza, tenía la sensación de que si lo hacía, también empañaría la alegría. Y ésa era una posibilidad que se negaba a contemplar.

A menudo, en las horas más oscuras de la noche, se sorprendía a sí mismo recordando esa noche en el cementerio con Lexie, cuando presenció las luces fantasmagóricas por las que precisamente se había desplazado hasta Boone Creek. Allí fue cuando se dio cuenta por primera vez de lo que Lexie significaba para él. Mientras ambos aguardaban expectantes en la oscuridad del cementerio, ella le explicó que se había quedado huérfana cuando todavía era una niña. Jeremy ya lo sabía, pero lo que desconocía era que Lexie había empezado a tener pesadillas unos años después de que sus padres fallecieran; se trataba de unas pesadillas terribles, recurrentes, en las que ella era testigo de la muerte de sus padres. Su abuela Doris no sabía qué hacer, y finalmente decidió llevarla al cementerio para que viera las luces misteriosas. La pequeña se quedó fascinada ante el espectáculo; las luces le parecieron fascinantes, milagrosas, celestiales, y en ellas reconoció instantáneamente a los espectros de sus padres. De alguna manera, era lo que necesitaba creer, y esas pesadillas jamás volvieron a asaltarla de noche.

Jeremy se había quedado impresionado tanto por la historia como por lo que esa terrible pérdida debía de haber supuesto para ella, y también por la constatación del increíble poder que ejercían las creencias inocentes. Pero más tarde, esa misma noche, después de que presenciaran las luces juntos y de que él le preguntara qué creía que eran en realidad, Lexie se inclinó hacia delante y susurró:

—Eran mis padres. Probablemente querían conocerte.

A PRIMERA VISTA

En ese momento, Jeremy sintió unas incontenibles ganas de estrecharla entre sus brazos. Y desde entonces, siempre consideró que ése fue el momento exacto en que se enamoró de ella, y ya no pudo dejar de amarla.

En el exterior, el viento de febrero arreciaba de nuevo. Más allá de la lóbrega oscuridad, Jeremy no alcanzaba a distinguir nada; se tumbó en el sofá y suspiró, sintiendo la irremediable necesidad de rememorar esos días, de recordar lo acontecido. Podría haber intentado apartar las imágenes que plagaban su mente pero, con los ojos fijos en el techo, las dejó fluir. Siempre las dejaba fluir.

Esto, recordó, es lo que sucedió.

Capítulo 1

*Cinco años antes
Nueva York, 2000*

10

—*M*ira, es la mar de sencillo —dijo Alvin—, primero, conoces a una chica chachi, después salís unas cuantas veces para asegurarnos de que estáis de acuerdo en las cosas esenciales, ya me entiendes, para ver si sois compatibles en lo más vital, o sea, como eso de que «ésta es nuestra vida y estamos de acuerdo en asumir las decisiones juntos». Ya sabes, decidir con qué familia pasaréis las vacaciones, si pensáis vivir en una casa o en un piso, si os decantaréis por un perro o por un gato, quién usará la ducha primero, por la mañana, cuando el agua aún sale totalmente caliente. Si los dos estáis de acuerdo en la mayoría de las cosas, «entonces» es cuando os casáis. ¿Me sigues?

—Te sigo —contestó Jeremy.

Jeremy Marsh y Alvin Bernstein se hallaban de pie en el apartamento que Jeremy tenía en el Upper West Side de Manhattan. Era una fría tarde de un sábado de febrero, y llevaban varias horas empaquetando todas las pertenencias de Jeremy; había cajas esparcidas por doquier. Algunas de ellas ya estaban llenas, precintadas, y apiladas cerca de la puerta, listas para el camión de la mudanza; otras estaban en varios estados de conclusión. Realmente, el lugar tenía un aspecto desolador, como si el mismísimo demonio de Tasmania hubiera hecho su aparición por la puerta, se hubiera montado una fiesta morrocotuda y luego se hubiera marchado, cuando ya no quedaba nada más por destrozar. Jeremy no podía creer la cantidad de basura

que había acumulado a lo largo de los años, un hecho que su prometida, Lexie Darnell, no se había cansado de remarcar durante toda la mañana. Veinte minutos antes, tras levantar los brazos en señal de frustración, Lexie se había marchado a almorzar con la madre de Jeremy, dejando a Jeremy y a Alvin solos por primera vez.

—Pues entonces, ¿se puede saber qué diantre estás haciendo? —lo increpó Alvin.

—Lo que tú has dicho.

—No, no es verdad. Estás mezclando el orden lógico de las cosas. Vas directo al temible «sí, quiero» antes de averiguar si estáis hechos el uno para el otro. ¡Pero si apenas conoces a Lexie!

Jeremy vació un cajón lleno de ropa en una de las cajas, deseando que Alvin cambiara de tema.

—Sí que la conozco.

Alvin empezó a agrupar algunos papeles que había encima de la mesa de Jeremy y, sin pensarlo dos veces, echó el fajo dentro de la misma caja que Jeremy estaba llenando. El hecho de ser el mejor amigo de Jeremy, le confería la libertad de hablar con absoluta franqueza.

—Sólo intento ser sincero, y deberías saber que todo lo que te estoy diciendo ahora es lo que tu familia ha estado pensando en las últimas semanas. La cuestión es que no la conoces lo suficiente para mudarte a ese pueblucho remoto, y mucho menos para casarte con ella. Por el amor de Dios, ¡pero si sólo has pasado una semana con ella! No es como en el caso de Maria y tú —añadió, refiriéndose a la primera esposa de Jeremy—. Recuerda, yo también conozco a Maria, mucho mejor de lo que tú conoces a Lexie, y aún así, todavía creo que no la conozco lo bastante bien para casarme con ella.

Jeremy reagrupó las hojas y las volvió a depositar sobre la mesa, recordando que Alvin conocía a Maria desde incluso mucho antes que él, y que continuaban siendo buenos amigos.

—¿Y qué?

—¿Cómo que «y qué»? ¿Qué pasaría si te dijera que voy a hacer lo mismo que tú? ¿Y si un día me presento y te digo que he conocido a una chica fenomenal, y que he decidido echar

NICHOLAS SPARKS

por la borda mi trabajo, abandonar a mis amigos y a mi familia, y marcharme a vivir al sur del país porque así podré casarme con ella? Como por ejemplo con esa cabeza loca... ¿cómo se llama... Rachel?

Rachel trabajaba en el restaurante de la abuela de Lexie, y Alvin había congeniado con ella durante su corta estancia en Boone Creek, hasta el punto de invitarla a Nueva York.

—Pues te diría que me alegro mucho por ti.

—¡Anda ya! ¿No te acuerdas de tu reacción cuando te comenté que estaba considerando la posibilidad de casarme con Eva?

—Lo recuerdo perfectamente, pero esto es diferente.

—Oh, sí, claro. Porque tú eres mucho más maduro que yo.

—Por eso y por el hecho de que Eva no era exactamente la clase de chica que sueña con casarse.

A Alvin no le quedó más remedio que admitir que Jeremy tenía razón. Mientras Lexie era la bibliotecaria de una pequeña localidad rural del sur, una chica con deseos de sentar cabeza, Eva se dedicaba a hacer tatuajes en la ciudad de Jersey. Era la autora de la mayoría de los tatuajes que Alvin exhibía en los brazos, y de casi todos los pirsines que llevaba en sus orejas y que le conferían un aspecto como si acabara de salir de la cárcel. Pero nada de eso logró abrirle los ojos a Alvin; fue el novio de toda la vida de Eva, al que ella se había olvidado de mencionar, lo que acabó por romper su relación.

—Incluso a Maria le parece un disparate.

—¿Se lo has contado?

—¡Pues claro! Siempre se lo cuento todo.

—Me encanta saber que mantienes esa excelente relación con mi ex, pero no creo que mi vida sea asunto suyo, ni tuyo.

—Lo único que intento es hacerte entrar en razón. Todo esto está sucediendo demasiado rápido. No conoces a Lexie.

—¿Por qué te empeñas en repetirlo?

—No pienso parar de decírtelo hasta que finalmente admitas que, de momento, sólo sois un par de extraños.

Alvin, al igual que los cinco hermanos mayores de Jeremy, demostraba una portentosa inhabilidad para zanjar cualquier tema. Jeremy pensó que su amigo era como un perro que aca-

baba de encontrar un hueso y que lo tenía bien agarrado entre los dientes, negándose a soltarlo.

—Pues para mí no es una desconocida.

—¿Ah, no? A ver, dime su segundo nombre de pila.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Dime su segundo nombre de pila.

Jeremy pestañeó.

—¿Y qué importa eso?

—Nada, excepto que, si te vas a casar con ella, ¿no te parece que deberías ser capaz de responder esa pregunta?

Jeremy abrió la boca para replicar, pero entonces se dio cuenta de que, ciertamente, no sabía la respuesta. Lexie jamás se lo había dicho, ni él se había molestado en preguntárselo. Alvin, como si percibiera que finalmente estaba llegando a un punto de inflexión en la conversación con su amigo, continuó presionándole.

—Sigamos. Ahora es el turno de algunas cuestiones básicas. Veamos, ¿qué estudió en la universidad?, ¿cómo se llamaban sus amigos en la universidad?, ¿cuál es su color favorito?, ¿qué prefiere, el pan blanco o el integral?, ¿cuál es su película favorita o su programa de televisión preferido?, ¿quién es su escritor favorito?, ¿sabes exactamente cuántos años tiene?

—Unos treinta y tantos —aventuró Jeremy.

—¿Treinta y tantos? ¡Eso lo sé incluso yo!

—Creo que tiene treinta y uno.

—¿Ah, sí? ¿De verdad lo crees? ¿Te das cuenta de lo ridículo que suena eso? ¡No puedes casarte con alguien cuando ni siquiera sabes su edad!

Jeremy abrió el siguiente cajón y vació el contenido en otra caja, plenamente consciente de que Alvin tenía parte de razón, aunque no deseaba admitirlo. En lugar de ello, soltó un largo bufido.

—Creí que estarías contento de que al fin hubiera encontrado a mi media naranja —arremetió Jeremy.

—Y lo estoy. Pero no pensé que te propusieras marcharte de Nueva York para casarte con ella. Al principio supuse que me estabas tomando el pelo. A ver, no interpretes mal mis palabras; considero que Lexie es una chica estupenda, de verdad,

NICHOLAS SPARKS

y si todavía sigues con la certeza inamovible de que quieres casarte con ella dentro de un año o dos, te aseguro que no dudaré en arrastrarte yo mismo hasta el altar, pero de momento creo que te estás precipitando, y que no hay ninguna razón para hacerlo.

Jeremy se dio la vuelta hacia la ventana; al otro lado del cristal divisó unos ladrillos de color gris y cubiertos de hollín que enmarcaban las ventanas, funcionales y rectangulares, del edificio de enfrente. Unas imágenes difuminadas entre sombras pasaron ante sus ojos: una mujer hablando por teléfono, un hombre envuelto en una toalla que se dirigía hacia el baño, otra mujer que planchaba mientras miraba la televisión. En todos los años que había vivido en el barrio, jamás había intercambiado más de un saludo con esa gente.

—Está embarazada —anunció finalmente.

Por un momento, Alvin pensó que no había oído bien. No fue hasta que vio la expresión en la cara de su amigo que se dio cuenta de que Jeremy no bromeaba.

—¿Embarazada?

—Sí, será niña.

Alvin se dejó caer pesadamente sobre la cama, como si sus piernas hubieran cedido repentinamente.

—¿Por qué no me lo habías dicho antes?

Jeremy se encogió de hombros.

—Lexie me pidió que no se lo contara a nadie. Así que guarda el secreto, ¿vale?

—Vale —contestó Alvin, con el semblante abatido—. Confía en mí.

—Ah, y una cosa más.

Alvin levantó la vista.

Jeremy apoyó la mano en el hombro de su amigo.

—Me gustaría que fueras el padrino de mi boda.

¿Cómo había sucedido?

Al día siguiente, mientras deambulaba con Lexie por la tienda de juguetes FAO Schwartz, todavía no había hallado la respuesta a esa pregunta. No se cuestionaba la parte del em-

barazo; ésa había sido una noche memorable que seguramente recordaría toda la vida. A pesar del arrojo que había demostrado con Alvin, a veces se sentía como si formara parte del reparto de una comedia romántica de ésas cuyo objetivo es seducir a las masas; una comedia en la cual todo es posible y nada es definitivo hasta que aparecen los títulos de crédito al final.

Lo que le había sucedido, después de todo, no era algo que pasara a menudo. De hecho, casi nunca sucedía. ¿Quién se desplaza hasta un pueblo remoto con el fin de escribir un artículo para la revista *Scientific American*, conoce a la bibliotecaria de esa pequeña localidad y se enamora perdidamente de ella en tan sólo un par de días? ¿Quién decide renunciar a la posibilidad de hacerse famoso, interviniendo en un programa televisivo cada mañana, y abandonar su vida en Nueva York para mudarse a Boone Creek, un pueblo en el estado de Carolina del Norte que no era nada más que un puntito microscópico en el mapa?

Demasiadas preguntas, últimamente.

Y no era que se estuviera replanteando nada. De hecho, mientras contemplaba cómo Lexie rebuscaba entre montones de Barbies y GI Joes —quería sorprender a los numerosos sobrinos de Jeremy con regalos, con la esperanza de causar una buena impresión— él se sintió más seguro que nunca de su decisión. Sonrió, imaginando la clase de vida que le esperaba. Cenas tranquilas, paseos románticos, besitos y arrumacos delante del televisor. Buenas vibraciones, vibraciones que le daban sentido a la vida. No era tan iluso como para creer que jamás se pelearían o que no pasarían por momentos difíciles, pero tenía la certeza de que serían capaces de sortear las olas de cualquier mar embravecido, y que al final no les quedaría más remedio que aceptar que estaban hechos el uno para el otro. En pocas palabras: le esperaba una vida maravillosa.

Pero mientras Lexie se paseaba delante de él, concentrada en cada juguete que caía en sus manos, Jeremy desvió la atención hacia otra pareja que se había detenido al lado de una pila de animales de peluche. Para ser sinceros, era imposible no fijarse en ellos. Ambos debían de tener unos treinta y pocos

NICHOLAS SPARKS

años e iban ataviados de forma impecable; él tenía aspecto de inversor de banca o de abogado, mientras que su esposa parecía la típica mujer que se pasaba todas las tardes en Bloomington, el mítico centro comercial lleno de ricos neoyorquinos en busca de prendas a la última moda. Iban cargados con media docena de bolsas de media docena de tiendas diferentes. El diamante que ella lucía en uno de los dedos era colosal, infinitamente más grande que el anillo de compromiso que él acababa de comprarle a Lexie. Mientras Jeremy los observaba, pensó que seguramente jamás salían de compras sin la niñera, simplemente porque parecían completamente desbordados por la situación.

El bebé en el cochecito gritaba sin parar con esa clase de aullidos penetrantes capaces de acabar con la paciencia de un santo, y que consiguieron que casi todos los que estaban en ese momento en la tienda se giraran a mirarlo. Justo en ese momento, el hermanito mayor —que debía de tener cuatro años— se puso a chillar incluso más fuerte, y de repente se tiró al suelo y se puso a patalear. Los papás mostraban la expresión de pánico y de sobresalto típica de los soldados que se hallan súbitamente bajo el fuego enemigo, y resultaba prácticamente imposible no fijarse en sus ojeras y en su tez translúcida. A pesar de la fachada impecable, era evidente que estaban llegando al fin de su paciencia y de sus fuerzas. La madre finalmente sacó a su hijita del cochecito e intentó consolarla entre sus brazos, mientras su esposo se inclinaba hacia ellas y le propinaba unas palmaditas al bebé en la espalda.

—¿No ves que ya estoy intentando calmarla? —ladró la mujer—. ¡Tú encárgate de Elliot!

Amedrentado, el hombre se arrodilló al lado de su hijo, que no paraba de patalear y de chillar como un poseso; el pequeño había conseguido su objetivo: sacar de quicio a su madre.

—Deja de gritar —le ordenó el padre serenamente, amenazándolo con el dedo índice.

«Sí, claro, como si eso fuera a dar resultado», pensó Jeremy.

Entretanto, a Elliot se le estaba poniendo la cara morada

mientras continuaba con su rabieta y en el suelo. Los gritos eran tan estridentes que incluso Lexie se detuvo en seco y se dio la vuelta hacia la pareja. A Jeremy le pareció que la situación tenía cierta comicidad; era como estar contemplando a una mujer cortando el césped en bikini, la clase de espectáculo imposible de ignorar. El bebé chillaba, Elliot chillaba, la mamá chillaba al papá, exigiéndole que hiciera algo, el papá chillaba también, replicando que eso era precisamente lo que estaba intentado hacer.

Una multitud se agrupó alrededor de la familia. Las mujeres parecían observarlos con una mezcla de alivio y de pena a la vez: aliviadas de que no les estuviera sucediendo a ellas, pero plenamente conscientes —seguramente por experiencia propia— del calvario que la joven pareja debía de estar pasando. Los hombres, en cambio, se comportaban como si no quisieran tener nada que ver con la desagradable escena, y se alejaban del ruido todo lo que podían.

Elliot empezó a darse cabezazos contra el suelo y aumentó el volumen de los gritos.

—¡Se acabó! ¡Nos vamos ahora mismo! —espetó finalmente la madre.

—¿Y qué crees que estoy intentando hacer? —rugió el padre.

—¡Levántalo del suelo!

—¡Eso es lo que intento! —gritó él con exasperación.

Elliot no deseaba la intervención de su padre. Cuando finalmente su papá lo inmovilizó, el pequeño se convulsionó como una serpiente iracunda, sacudiendo la cabeza de un lado a otro y pataleando sin parar. Unas gruesas gotas de sudor empezaron a formarse en la frente del padre, que hacía unas muecas grotescas a causa del enorme esfuerzo. Por su parte, el cuerpo de Elliot parecía que se alargaba cada vez más, como un pequeño Hulk que se expandiera de rabia.

Al fin, los padres consiguieron ponerse en movimiento, aplastados por el peso de las bolsas de la compra, el cochecito, y los intentos por no perder el control de sus dos hijos. La multitud se apartó como si Moisés se estuviera acercando al mar Rojo, y la familia finalmente se perdió de vista, dejando

NICHOLAS SPARKS

como única evidencia de su molesta presencia los alaridos que se iban desvaneciendo con la distancia.

La multitud empezó a dispersarse. Jeremy y Lexie, sin embargo, se quedaron quietos, completamente helados.

—Pobre gente —dijo Jeremy, que de repente se había empezado a cuestionar si ésa iba a ser su vida en un par de años.

—Sí, pobres —convino Lexie, como si temiera lo mismo.

Jeremy continuó con la vista fija en la familia que se alejaba, escuchando boquiabierto, hasta que los lamentos por fin cesaron. La familia debía de haber salido de la tienda.

—Nuestra hija jamás montará un espectáculo tan bochornoso —declaró Jeremy.

—No, nunca. —Consciente o inconscientemente, Lexie se había colocado la mano sobre el vientre—. Desde luego, eso no era normal.

—Y los padres no parecían tener ni idea de qué tenían que hacer —apuntó Jeremy—. ¿Has visto cómo él intentaba hablar con su hijo? ¿Como si estuviera en una sala de juntas?

18

—Ridículo —asintió Lexie—. ¿Y has visto cómo discutían los dos papás entre ellos? ¡Los niños notan la tensión! No me extraña que no pudieran controlarlos.

—Era como si no tuvieran ni idea de lo que tenían que hacer.

—Es que no creo que lo supieran.

—¿Cómo es posible?

—Quizá están demasiado estresados con sus propias vidas para dedicarles a sus hijos el tiempo necesario.

Jeremy, todavía paralizado, se fijó en cómo se desintegraba el último grupito que se había congregado ante el espectáculo.

—No, definitivamente, eso no era normal —volvió a recalcar.

—Exactamente lo que estaba pensando.

De acuerdo, se estaban engañando a sí mismos. En el fondo, Jeremy lo sabía, Lexie lo sabía, pero era más fácil fingir que ellos jamás se verían confrontados a causa de una situación como la que acababan de presenciar. Porque ellos estarían

más preparados. Se dedicarían más a su hija. Serían más cariñosos y más pacientes. Más entrañables.

Y su hija... bueno, ella habitaría en el ambiente que él y Lexie crearían expresamente para ella. De eso no le cabía la menor duda. Desde prácticamente el primer día de vida, su hija dormiría toda la noche; durante la dura etapa de bebé, disfrutaría aprendiendo vocabulario y despuntaría en las habilidades motrices. Sortearía las dificultades de la adolescencia con aplomo, se mantendría alejada de las drogas, y arrugaría la nariz ante películas sólo aptas para adultos. Cuando le llegara la hora de independizarse, se habría convertido en una señorita culta y educada, habría conseguido unas notas tan destacables que la aceptarían en Harvard, en la universidad la seleccionarían como nadadora del primer equipo All-American, y todavía encontraría suficiente tiempo libre durante los meses de verano para ejercer de voluntaria para Habitat for Humanity, esa ONG que se dedicaba a ayudar a los que tenían dificultades para conseguir vivienda en Estados Unidos.

Jeremy se aferró a esa fantasía hasta que dejó caer pesadamente los hombros. Aunque no tenía experiencia en las relaciones paterno-filiales, estaba seguro de que no podía ser tan fácil. Además, se estaba dejando llevar por la imaginación.

Una hora más tarde, los dos estaban sentados en el asiento trasero de un taxi, en medio de un atasco de tráfico, de camino a Queens. Lexie ojeaba el libro que se acababa de comprar, que se titulaba *Qué se puede esperar cuando se está esperando*, mientras Jeremy observaba el mundo que ocurría al otro lado de la ventana. Era su última noche en Nueva York —se disponía a llevar a Lexie a conocer a toda su familia— y sus padres habían organizado una pequeña reunión familiar informal en su casa en Queens. Pequeña, por supuesto, era un término relativo: con cinco hermanos y sus respectivas esposas más diecinueve sobrinos, la casa estaría llena a rebosar, como siempre. A pesar de que Jeremy tenía ganas de ese encuentro, no podía quitarse de la cabeza la escena que acababa de presenciar con esa pobre pareja. Los dos parecían tan... tan normales, excepto por sus semblantes exhaustos, claro. Se preguntó si él y Lexie acabarían del mismo

NICHOLAS SPARKS

modo, o, si con el tiempo, las presiones familiares acabarían por distanciarlos.

Quizá Alvin tuviera razón. Bueno, al menos en parte. Si bien adoraba a Lexie —y de eso estaba completamente seguro, si no, no habría regresado a buscarla—, no podía alegar que la conociera realmente. Simplemente no habían tenido tiempo, y cuantas más vueltas le daba a la cuestión, más se le afianzaba la idea de que lo mejor habría sido que él y Lexie hubieran tenido la oportunidad de vivir como una pareja normal y corriente durante algún tiempo. Él ya había estado casado una vez, y sabía que aprender a convivir con otra persona requería tiempo. Para acostumbrarse a las «peculiaridades» del otro, por decirlo de algún modo. Todo el mundo tenía sus manías, pero hasta que uno no conocía a fondo a su pareja, esas peculiaridades parecían mantenerse ocultas. Se preguntó cuáles serían las manías de Lexie. Por ejemplo, ¿y si dormía con una de esas horribles mascarillas verdes que se suponía que ayudaban a retrasar la aparición de las arrugas? ¿Le apetecía despertarse cada mañana con una visión tan espantosa?

20

—¿En qué estás pensando? —le preguntó Lexie.

—¿Eh?

—Digo que en qué estás pensando, porque tienes aspecto de haberte tragado un sapo.

—Ah, en nada.

Ella lo miró fijamente.

—¿Un “nada” importante, o un “nada-nada”?

Él giró la cabeza y la miró con el ceño fruncido.

—¿Cuál es tu segundo nombre de pila?

Durante los minutos siguientes, Jeremy se dedicó a acribillarla con la serie de preguntas que Alvin había propuesto y averiguó lo siguiente: que su segundo nombre de pila era Marin, que en la universidad había estudiado lengua y literatura inglesa, que su mejor amiga en la universidad se llamaba Susan, que su color favorito era el lila, que prefería el pan integral, que su programa de televisión favorito era *Mi casa, tu casa*, que consideraba que Jane Austen era una escritora por-

tentosa, y que, efectivamente, cumpliría treinta y dos años el 13 de septiembre.

Ahora sí tenía todas las respuestas.

Se recostó en el asiento del taxi, satisfecho, mientras Lexie continuaba ojeando el libro. Jeremy dedujo que no lo estaba leyendo, sino que sólo revisaba algunos fragmentos sueltos con la esperanza de saber por dónde empezar. Se preguntó si había seguido la misma técnica cuando tenía que estudiar en la universidad.

Tal como Alvin había aludido, había muchas cosas que desconocía de ella. Pero, a la vez, también tenía la impresión de saber muchas cosas: Lexie era hija única, se había criado en una pequeña localidad de Carolina del Norte llamada Boone Creek. Sus padres habían muerto en un accidente de tráfico, cuando ella todavía era una niña, y había vivido siempre con sus abuelos maternos, Doris y... y... pensó que tenía que acordarse de preguntarle el nombre de su abuelo. Bueno, siguiendo con el tema: Lexie había cursado estudios en la Universidad de Carolina del Norte en Chapel Hill, se había enamorado de un chico llamado Avery, y había vivido en Nueva York durante un año, trabajando de interina en la biblioteca de la Universidad de Nueva York. Avery acabó por engañarla con otra, y ella regresó a casa y se convirtió en la bibliotecaria de Boone Creek, el mismo puesto que había ocupado su madre antes de fallecer. Unos años más tarde, se enamoró de alguien a quien ella se refería con el apelativo de «el señor sabelo-todo», pero ese tipo se marchó del pueblo sin despedirse. Desde entonces, Lexie había llevado una vida tranquila, saliendo de vez en cuando con el ayudante del sheriff, hasta que apareció Jeremy. Ah, y otra cosa más: Doris —que regentaba un restaurante en Boone Creek—, alegaba que tenía poderes sobrenaturales, incluyendo la habilidad de predecir el sexo de los bebés; por eso Lexie sabía que el bebé que esperaba sería una niña.

Jeremy tuvo que admitir que todo el mundo en Boone Creek conocía todos esos pormenores, pero ¿acaso sabían que Lexie se aderezaba un mechón de pelo detrás de la oreja cuando estaba nerviosa?; ¿o que era una excelente cocinera?;

NICHOLAS SPARKS

¿o que, cuando necesitaba un respiro, le gustaba recluirse en una casita cerca del faro del cabo de Hatteras, donde sus padres se habían casado?; ¿o que, además de ser guapa e inteligente, con ojos color violeta, una cara ovalada con un toque exótico, y pelo negro, había sido muy directa a la hora de rechazar los numerosos intentos por parte de él para seducirla y acostarse con ella? Le gustaba que Lexie no le permitiera salirse siempre con la suya, que fuera tan sincera, y que no diera el brazo a torcer cuando pensaba que él iba errado. No sabía cómo, pero ella era capaz de hacer todas esas cosas sin dejar de proyectar esa adorable imagen femenina que resaltaba aún más gracias a su sugestivo acento sureño. A todo eso sólo cabía añadir que estaba estupenda cuando se enfundaba un par de vaqueros ajustados, y que Jeremy bebía los vientos por ella.

¿Y en cuanto a él? ¿Qué era lo que ella sabía de Jeremy? «Casi todo lo básico», pensó él. Que se había criado en el barrio de Queens, que era el más joven de seis hermanos de una familia irlandesa-italiana, y que una vez había querido ser profesor de matemáticas pero que se dio cuenta de que se le daba bien escribir, así que acabó trabajando como columnista para la revista *Scientific American*, con la intención de desmascarar fraudes sobre historias sobrenaturales; que se había casado hacía muchos años con una mujer que se llamaba Maria, quien, tras numerosas visitas a una clínica de fertilidad, al final le abandonó porque uno de los doctores aseveró que Jeremy era médicamente incapaz de engendrar hijos; que tras su separación se había pasado demasiados años frecuentando bares de moda y saliendo con infinidad de mujeres, intentando evitar cualquier relación seria, como si su inconsciente le dictara que jamás podría ser un buen esposo; que cuando tenía treinta y siete años había ido a Boone Creek para investigar las apariciones frecuentes de unas luces fantasmagóricas en el cementerio del pueblo —con la esperanza de convertirse en uno de los periodistas invitados a participar periódicamente en las tertulias televisivas de *Good Morning America*, uno de los programas con mayor audiencia del país— pero que en Boone Creek, en vez de concentrarse en el misterio, se pasó la mayor parte del tiempo pensando en Lexie. Juntos pa-

saron cuatro días inolvidables, seguidos de una terrible discusión. Después regresó a Nueva York, pero se dio cuenta de que no podía imaginar su vida sin ella, así que volvió al pueblo para declararle su amor. Ella, a cambio, le colocó la mano sobre su vientre, y finalmente él se convirtió en un «seguidor incondicional», tal como llamaba a los que creían a ciegas en los sucesos inexplicables; bueno, al menos en lo concerniente al milagro de que ella se hubiera quedado embarazada y de que él fuera el padre de la criatura, algo que jamás había considerado viable.

Jeremy sonrió, pensando que ésa era una buena historia. Quizá incluso tan sugerente como para escribir una novela sobre ella.

La cuestión era que, por más que Lexie había intentado resistirse a sus encantos, al final también se había enamorado de él. La miró de soslayo, preguntándose el porqué. No era que se considerara a sí mismo un ser repulsivo, pero, ¿qué era lo que hacía que dos personas se sintieran atraídas? Con anterioridad había escrito numerosas columnas acerca del principio de atracción, y podía debatir el papel de las feromonas, la dopamina y los instintos biológicos, pero ninguno de esos procesos le parecía acertado para explicar lo que sentía por Lexie. O, presumiblemente, lo que ella sentía por él. No, no hallaba ninguna respuesta lógica. Lo único que sabía era que parecían estar hechos el uno para el otro, y que él se sentía como si toda su vida hubiera estado recorriendo una senda que lo llevaba inexorablemente hasta ella.

Era una visión romántica, incluso poética, y Jeremy jamás había mostrado ninguna tendencia hacia los pensamientos poéticos. Quizá ésa era otra razón por la que tenía la certeza de que ella era la elegida. Porque Lexie le había abierto el corazón y la mente a nuevos sentimientos e ideas. En resumidas cuentas, fuera por el motivo que fuese, mientras se dirigía a Queens en el taxi con su adorable futura esposa, se sentía absolutamente cómodo con lo que el futuro pudiera depararles como pareja.

Jeremy le cogió la mano.

¿Realmente importaba que él estuviera dispuesto a aban-

NICHOLAS SPARKS

donar su vida en Nueva York y a dejar colgados sus planes de futuro laboral para irse a vivir a un pequeño pueblo del sur de Estados Unidos, en medio de la nada? ¿O que estuviera dispuesto a zambullirse en ese período de un año en que tendría que organizar una boda, su nuevo hogar, y prepararse para ser padre?

¿Tan difícil podía ser?